

fields. The “Biosocial Becomings” is a highly original volume including inspiring texts. I personally find the book ground-breaking, because it is really an effort to restore connection of social and biological anthropology.

Martin Soukup

Juncker, Kristine: Afro-Cuban Religious Arts. Popular Expressions of Cultural Inheritance in Espiritismo and Santería. Gainesville: University Press of Florida, 2014. 174 pp. ISBN 978-0-8130-4970-0. Price: \$ 74.95

Kristine Juncker es historiadora del arte; en esta, su primera monografía, tiene por objetivo realizar una compilación de documentaciones visuales, a fin de trazar una historia del arte afrocubano. Se trata de un estudio transnacional, ya que la investigación se llevó a cabo en los lugares en los que actuaron las cuatro santeras que forman el foco del libro: en Nueva York (varios años), dieciocho meses en Cuba, entre los años 2002 y 2004, y tres meses en Puerto Rico. El trabajo se centra en altares, que son esenciales en la parafernalia ritual de santeros y santeras; en este caso, en altares del espiritismo y de la Regla de Ocha (Santería). En casi todo, la imagen más utilizada era la Virgen de la Caridad del Cobre (correspondiente a Ochún en la Regla Ocha), Eleguá, el orisha que “abre los caminos”, y una muñeca en la que se encarnan las almas de los muertos. A lo largo de la investigación, la autora presenció más de cien misas espirituales y varias docenas de celebraciones de la Regla de Ocha, sin ver dos ceremonias iguales, ya que existe variación y creatividad en cuanto a las artes visuales, música y danza. También se adaptan a distintos tipos de audiencias y son diferentes, según sea el objetivo de las mismas.

El libro consta de cuatro capítulos más uno de conclusiones. Luego de un iluminador análisis de la bibliografía pertinente (capítulo 1), sigue, en sendos capítulos, el tratamiento de las actividades de cuatro espiritistas y santeras, emparentadas no por lazos sanguíneos, sino a través de un parentesco ritual: Tiburcia (1861–1938), Hortensia (1906–1992, una huérfana adoptada por la anterior) e Iluminada (1918–1981, capítulo 3). Esta última, nacida en Puerto Rico, emigró luego a La Habana y de allí, en 1959, a Nueva York. Allí conoció a Carmen (1933), que dirigía un centro espiritista, de quien fue su mentora. Nacida en Puerto Rico, Carmen emigró a Nueva York, y de allí nuevamente a Puerto Rico, sin haber vivido nunca en Cuba. Común a todas ellas fue su origen humilde, problemas de salud y todo tipo de desgracias, que las llevó a abrazar la actividad religiosa.

Debido a la época de la investigación y las fechas de fallecimiento de las santeras, Carmen (que nunca estuvo en Cuba) fue la única de ellas con la que Juncker pudo conversar en Puerto Rico. ¿Cuáles son entonces sus fuentes? En primer lugar, conversaciones mantenidas con la hija adoptiva de Tiburcia, que sigue habitando la casa habanera que pertenecía a aquella. Además, varias fotos de altares de la década de 1940–50, que fueron encargadas por Hortensia. A los problemas inherentes de la fidejnidad de la tradición oral, estas fuentes son en parte elusivas, ya que generalmente los objetos de los altares de

la Regla de Ocha se destruyen a la muerte de la santera, mientras que los del espiritismo son tan sencillos que no se conservan (flores, recipientes para agua, velas). Además, los santeros suelen poseer objetos a los cuales los une una íntima relación, y de los cuales raramente hablan. Tiburcia, por ej., tenía en su dormitorio dos gabinetes cerrados; cuando falleció, los objetos que se hallaban en ellos fueron destruidos, y nadie sabe hoy cuáles eran.

Tiburcia, la iniciadora de esta familia ritual, nació en un ingenio azucarero de la provincia habanera y migró, luego del colapso de la esclavitud, a La Habana, donde fue iniciada por una exesclava originaria de África occidental. Ambas eran miembros del Cabildo Africano Lucumí. Su altar central, que formaba el centro de su culto, era, el de la Virgen de la Caridad del Cobre. Juncker indica que su prominente posición representa la importancia de las mujeres y es un recordatorio sutil de las nuevas posiciones de líderes que tenían las mujeres negras a principios del siglo XX (62).

El capítulo 3 se halla dedicado a Hortensia, adoptada por Tiburcia y quien heredó la casa a la muerte de aquella. Continuó allí las prácticas religiosas, ampliando considerablemente el número de adeptos e iniciados (se calcula que inició unos doscientos santeras/os a lo largo de su vida). El hecho que Hortensia hiciera fotografiar sus altares, era, según Juncker, contrario al secreto en que se mantenían estos cultos, ya que las autoridades perseguían a los seguidores de la Regla de Ocha, el Palo Monte y a los Abakuá. Cuando se contemplan las fotografías que están en posesión de su familia y reproducidas en el libro, no es posible compartir esa opinión de la autora: los altares muestran a la Virgen del Cobre, rodeada de plantas. Este altar no podría haber suscitado ninguna persecución por parte de las autoridades de la época, ya que se trataba de una figura del catolicismo popular aceptada socialmente (Recordemos que ya en 1916 la Virgen del Cobre había sido declarada Patrona de Cuba). Hortensia practicaba también el Palo Monte, una religión con fuertes influencias del Congo, que sí estaba sujeta a persecuciones. Con muy buen tino, Hortensia tenía este altar en la parte trasera de su casa, a salvo de miradas curiosas. De esta tendencia de su praxis ritual sus descendientes no saben prácticamente nada.

El capítulo 4 se basa en Iluminada, que nació en Puerto Rico y emigró a Cuba en 1938, donde fue iniciada por Hortensia. Debido a problemas de convivencia no especificados, Iluminada emigró a Nueva York en 1959, con el surgimiento de la revolución cubana. Allí conoce a Carmen, asimismo originaria de Puerto Rico, que practicaba el espiritismo en un centro que había fundado, a quien inicia en la Regla de Ocha. Su altar incluye la figura del indio, y otras, ausentes en los altares anteriores.

Una de las más importantes conclusiones de esta monografía se refiere a lo que se entendía bajo “espiritismo”, ya que, a diferencia de una opinión generalizada, Juncker argumenta que una examinación de los escritos de Kardec muestra que probablemente no tuvieron influencias en el tardío siglo XIX y temprano siglo XX. Más bien se trata de un espiritismo afrocárabeño. Los escritos de Kardec, por lo demás, tuvieron influencias mínimas, ya que él no

tenía interés en las artes visuales, un interés que sí tenía el espiritismo caribeño con respecto a la construcción de los altares (6).

La monografía hace entrever también la necesidad de investigación de lo que se calificaba como “espiritismo” en los documentos del siglo XIX y principios del XX. El Archivo Nacional, en La Habana, así como el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba custodian numerosos documentos que no han sido examinados hasta ahora bajo este aspecto. En los años 1880 y en los 1890, los gobiernos provinciales estaban obligados a consignar todos los encuentros de varias personas que se llevaran a cabo en un registro de asociaciones. Estos encuentros son calificados allí como “espiritismo”, pero se mencionan entidades africanas (9). La autora agradece con justicia a su ayudante de investigación cubano, Roberto Gómez Reyes, cuya tarea le permitió hallar documentos en el Archivo Nacional y en archivos parroquiales.

El trabajo de Juncker se inscribe en un estudio de género, que quizás ha ido en algunos aspectos demasiado lejos: Una breve mención alude a la continuidad de la praxis religiosa en la misma casa habanera, ya que el ahijado de Hortensia es babalao y atiende allí. Dado que ese lugar juega un papel tan importante en la continuidad de la familia ritual a través de varias generaciones, era muy difícil no referirse, aunque sea someramente, a la praxis ritual de este. El lector no puede evitar preguntarse si esta laguna en la información se debe a que el continuador de la familia ritual sea un hombre, hecho que evidentemente molestaba en la perspectiva de estudio de género.

Juncker ha seguido exitosamente pistas en parte incompletas, en parte evanescentes, a lo largo de unos ciento veinte años, que muestran fehacientemente, aun en su fragilidad, el devenir de una familia ritual. Esta perspectiva es aun más valiosa, porque generalmente se hallan a disposición con respecto a estos temas estudios etnográficos diacrónicos.

La bibliografía utilizada no solo es amplia, sino que reúne libros y artículos de revistas cubanas de difícil acceso. Es de lamentar que cite erróneamente a algunos autores, solamente por su segundo apellido, lo que en español los convierte en irreconocibles (La conocida historiadora cubana Olga Portuondo Zuñiga, por ej., aparece citada como Zuñiga).

En una época en la que no existían los conceptos de diáspora ni de globalización, las vidas de estas cuatro mujeres unen, a lo largo de unos ciento veinte años, el nacimiento en una plantación azucarera de la provincia habanera, hasta la conquista del mundo urbano en La Habana, con Puerto Rico y el barrio de Harlem en Nueva York y muestran fehacientemente la circulación y adopción de concepciones religiosas caribeñas en diferentes zonas a través del tiempo.

María Susana Cipolletti

Kato, Takahiro: *Tejidos de sueños. Imágenes y fiestas en el mundo andino.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2013. 288 pp. ISBN 978-612-4075-30-8.

Fiel a la excelencia de la tradición de investigaciones etnológicas en el Perú inaugurada en 1959 por la “Expe-

dición científica de Japón en América nuclear”, patrocinada por la universidad de Tokio, el presente volumen reúne seis ensayos de Takahiro Kato dedicados a distintos sitios y sectores de la sociedad peruana.

El distrito de Aco (Concepción, Junín) constituye el primer escenario para discutir las concepciones campesinas del tiempo a propósito del carácter tabú (incluso demoníaco) que se le atribuye al mes de agosto en lo que respecta a la celebración de matrimonios, entre otras actividades sociales. Más allá del carácter interdicto asociado a dicho mes y el simbolismo a través del cual se expresa, lo que procura este ensayo es develar los fundamentos positivos de esta condición desde la perspectiva que ofrece el calendario agrícola. En Aco el ciclo agrícola comienza en septiembre (siembra) y finaliza en julio (cosecha). Este último mes está dedicado a la celebración de las fiestas patronales y las bodas deberían ajustarse, según el pensamiento popular, a las fiestas de los santos católicos. Por su parte, agosto es el mes en el que la efervescencia colectiva disminuye hasta el punto de hacerse casi invisible. Ahora bien, lejos de existir una oposición insalvable entre estos meses, ambos constituyen dos unidades “extraordinarias” de tiempo que se oponen al tiempo “ordinario” del trabajo agrícola ajustándose a dos momentos críticos del ciclo anual. Julio, en calidad de mes “extraordinario positivo”, representa el final (cosecha) de las labores en el campo y promueve la sociabilidad extrema. Agosto, en calidad de mes “extraordinario negativo”, representa el comienzo (siembra) de la reanudación del ciclo y fomenta la austерidad y el trabajo en la chacra. Desde esta perspectiva, agosto no es un mes atípico sino que, junto con julio, conforman una pareja que pauta el ritmo del calendario anual y que detenta un rol significativo en el ordenamiento de los tiempos del gasto y de la previsión.

El análisis diacrónico del proceso de transformación de la fiesta del Cruz Velacuy en el Cuzco – que junto con la Semana Santa y el Corpus Christi es una de las tres celebraciones más importantes del ciclo ritual de la ciudad – es materia de estudio en el segundo ensayo de la obra. Si bien a comienzos del siglo XVIII el Cruz Velacuy se presenta como una festividad privada, familiar y eminentemente indígena, desde mediados del siglo XX se aprecia un incremento súbito en su extensión y el número de sus devotos así como un cambio en sus contenidos. Este incremento está relacionado con el cambio experimentado en el Cuzco después del terremoto de 1950, el cual involucró un incremento exponencial del contingente migratorio del campo a la ciudad en calidad de mano de obra que, sumado al sector migrante ya existente, pasó a asentarse en sitios periféricos y participar activamente en la vida ciudadana. La celebración anual de la cruz está ampliamente extendida en el ámbito rural – independientemente del escaso conocimiento teológico de la religiosidad campesina – y en general está asociada con las figuras de los cerros, la casa familiar y las agrupaciones de personas (gremios, cofradías) encargadas de realizarla con miras a prevenir y evitar calamidades y acontecimientos infelices. Si bien la estructura morfológica de la celebración no ha cambiado significativamente a lo largo del tiempo y del espacio, su contenido sí ha experimentado transfor-